

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero

LA EPÍSTOLA A MATEO VÁZQUEZ:
historia de una polémica
literaria en torno a Cervantes



ALCALÁ DE HENARES, 2010

ÍNDICE

<i>A quien lo leyere</i> , por Alfredo Alvar Equerra	9
INTRODUCCIÓN	13
HISTORIA DE UNA POLÉMICA LITERARIA	
1863: El descubrimiento	21
1870: La «desaparición».....	53
1905: El misterio	83
1948: La polémica de una falsificación	115
HISTORIA DEL REDESCUBRIMIENTO	
2005: El documento y el texto	141
HISTORIA DE UNA CREACIÓN CERVANTINA	
1564-1568. Vázquez y Cervantes, «andantes en Corte»	185
1575-1578. Argel y la composición de la <i>Epístola</i>	207
1578-1586. La relación entre Lauso y Larsileo	233
BIBLIOGRAFÍA	259

A QUIEN LO LEYERE

Clío sonríe. Sonríe con complicidad. Suele tener largas chácharas con Perseverancia. Hace un tiempo decidieron que la broma debía terminar y que, de nuevo, los sabios deberían descubrir el texto. Pero para ello, se impusieron una condición: que quien lo fuera a hacer, no podría llegar a esas hojas llevado por Fortuna, sino por ella, por Perseverancia. Porque Fortuna se entromete muchas veces y caprichosamente sin que se le llame y deja hacer a gentes de mala calidad. Por ello, consiguieron que aunque guió al manuscrito a otros antes que a José Luis, por hache o por be, no se dieron cuenta de lo que tenían entre manos. Y su rueda, subió y bajó alrededor del hallazgo en más de una ocasión y las otras dos musas le bloquearon el triunfo en el juego. Había que esperar. Eran Perseverancia, Clío y los suyos los que debían coronarse de nuevo con laurel.

Y es así, como tras más de un siglo de estar oculta la famosísima «Epístola a Mateo Vázquez» de Miguel de Cervantes, tenemos la suerte de volverla a editar, de sacarla a la luz, de exhibir su contemporaneidad, gracias al denodado trabajo y esfuerzo del doctor José Luis Gonzalo Sánchez-Molero.

José Luis Gonzalo no es un aficionadillo a las cosas de la Historia, de esos que tanto pululan en las editoriales comerciales de hogaño y que por donde pasan destrozan los planteles de margaritas con sus disparatadas imaginaciones, que intentan convertir en hipótesis veraces. No. José Luis es, por el contrario, la personificación de la prudencia. Tanto que, a veces, parece que no está.

Él tiene una paciencia en el trabajo, que apenas quedan mortales así. Porque, además, termina sus investigaciones. Éstas son de calidad. El lector que quiera ratificar lo que digo, puede, si lo desea, acercarse a sus libros: en 1997, la Biblioteca Nacional de España le concedió el premio de Bibliografía por su *La «librería rica» de Felipe: estudio histórico y catalogación*, que se editó al año siguiente en El Escorial (son sólo más de 800 páginas); poco después, en 1999, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones de Felipe II y Carlos V le

publicó la obra *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546): la formación de un príncipe del Renacimiento*, que era su tesina debidamente acondicionada para ser impresa; en 2005 la Junta de Extremadura le daba el Premio Bartolomé José Gallardo y le publicaba su monumental *Regia biblioteca: el libro en la Corte de Carlos V*, en dos volúmenes, del que me vanaglorio de haberlo prologado; entremedias, otros trabajos en publicaciones conjuntas, participación en congresos, colaboraciones en la Gran Enciclopedia Cervantina, dos hijos y este texto.

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero es, sin duda, un excepcional conocedor de la historia del libro y su método científico es el propio que ha de ser: sobrio, riguroso, asentado en documentos y lecturas, no en la sola imaginación.

Tienes, lector, casi dos centenares de páginas que, conforme las vayas leyendo, te darás cuenta de que lo que aquí digo no es producto de la amistad o del respeto encendido al trabajo ajeno.

A Gonzalo Sánchez-Molero lo empecé a conocer bien en la lectura de su Tesis Doctoral. Luego, por las cosas del destino, se enganchó en el área de Historia que coordino de la Gran Enciclopedia Cervantina. Trabajó y sigue haciéndolo, con fortaleza de ánimo. Más tarde aceptó participar en un Proyecto del MEC sobre Cervantes que desarrollamos en el CSIC. Lo más sobresaliente de su laboriosidad es, sin duda, su proceso de reconversión hacia el cervantismo en esencia pura. Producto de ello es este hallazgo. Si él no conociera el trabajo de los archivos y la existencia de las grandes colecciones particulares; si no se hubiera metido en los entresijos de lo cervantino, como lo hizo; si no fuera riguroso en sus tareas, no habría dado con la epístola de Miguel de Cervante[s].

A lo largo de un año ha trabajado en el fondo de la cuestión y ahora nos ofrece sus resultados, divididos en dos partes: la primera, lo inherente al primer descubrimiento del texto y su pérdida, demostrando cómo en todas partes y en todas las épocas hay ingenuos que, llevados de la emoción hablan más de la cuenta y que apostados en las ramas de un árbol caduco pero inhiesto, hay buitres dispuestos a levantar la presa tocada. Nos habla también de lo que ha pasado con importantes fondos documentales españoles y cómo algunos han desaparecido pasto de las llamas, o en sublimes acciones escatológicas. Nos advierte, igualmente, cómo se han desperdigado los documentos, las ideas y cómo la irritación ha quebrado siempre el tenue sedal de la construcción de la cultura compartida. Y vuelta a empezar. De todo ello, de cómo se bi-descubrió en 1863 el documento en cuestión y de cómo desapareció y cayó en el olvido poco después (con una interesantísima ambientación de circunstancias, hechos y personajes); de cómo el poema hubo de ser visto

y acariciado por grandísimos bibliófilos y archiveros (en los siglos XIX y XX) sin creerse lo que tenían entre manos o sin atreverse a saber que era lo que era; de cómo la crítica filológica se ha permitido, sin mucha prudencia, hablar de falsificaciones o veracidades sin ver el documento; de todo eso y mucho más, trata la primera parte del trabajo del doctor Gonzalo Sánchez-Molero. También de su catarata de sensaciones personales y de su vida de infancia en un barrio de Madrid en el edificio de enfrente al que albergó el fondo documental que custodia esta joya; o de cómo la *Epístola* ya estaba cosida en la carpeta de «Curiosos de diversidad» en el siglo XVI, porque en su investigación se ha ido tras los pasos del inventario de bienes de Mateo Vázquez de Leca...

Y propone una conclusión, prudente, salomónica, pero la única plausible mientras no se demuestra otra cosa: la *Epístola* es auténtica (porque las aguas del papel son de la época, porque el tipo de tinta –sí, la tinta también– lo es; el cosido para la encuadernación; la intercalación en los papeles de Mateo Vázquez), pero es posible que no sea hológrafo de Cervantes, porque está mal escrito el apellido y porque si comparamos la caligrafía con otros manuscritos cervantinos veremos que ésta es, a partes, diferente y el papel era del común en Madrid, no de Berbería. Hubo un copista (¿andaluz y que se comió la «s» final del apellido al escribirlo?) que daría atractiva forma palatina a las hojas volanderas que hubieran llegado –¡y cómo!– desde la cautividad de Argel.

En la segunda parte de su trabajo José Luis Gonzalo se mete en los entresijos de la vida de Cervantes y de Leca, en los enrevesados vericuetos de la vida áulica y de las conjeturas sobre el si se conocieron o no, y cuándo y cómo. Más adelante, analiza intertextualmente la *Epístola* y concluye: fue escrita en 1577 y traída a España no por Rodrigo, sino por Antonio de Toledo, hermano del conde de Alba de Liste. Y Gonzalo nos cuenta cómo ve él que Cervantes fue, aun a pesar de lo que sigamos pensando algunos, bienquisto por Mateo Vázquez, «la relación entre Lauso y Larsileo». Ha usado el archivo personal del archisecretario.

En fin, lector: ante ti tienes una obra rigurosa y sólidamente asentada sobre un acopio documental completamente innovador. Es, pues, una obra maestra metodológica. Destila madurez científica. Es muy positivista porque era necesario hacerla así. Cierra caminos, abre mil y una nuevas de reflexión y de trabajo.

Según la leas, viajarás, no al Parnaso, porque no es la intención del autor, sino de un archivo a otro, de un estudiolo a una cámara palatina, de un despacho a un baño. Nada te fatigará; por el contrario, desearás seguir introduciéndote en la mente del re-descubridor de la *Epístola a Mateo Vázquez*. Y disfrutarás a cada renglón y le agradecerás las horas de su trabajo, que ahora nos regala.

El estudio me ha impresionado. Por ello, no puedo menos que dejarme llevar por la exclamación de no sé quién,

«¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!»

Sea.

Alfredo ALVAR EZQUERRA